

EL FINAL DE LA FIESTA

Me reclino en el sillón de mi despacho. Acabo de dar por concluida la jornada en la clínica veterinaria y mi mujer me espera en casa para celebrar nuestro aniversario. Guardo el último expediente en el archivador y es entonces cuando la veo, al fondo del cajón, casi escondida.

No sé qué me impulsó a traérmela de la fiesta de Akira, una perra que fue mi paciente. La tomo en mis manos y me asaltan las vívidas imágenes de todo lo que sucedió. Difícilmente podría olvidar ni a la perra ni a sus dueños. Mucho menos en un día como hoy.

Akira se estaba muriendo. Tenía dieciséis años y un osteosarcoma muy avanzado. No obstante, hasta el final siguió siendo una hermosa teckel. Su pelo largo y negro debió inspirar aquel nombre nipón a sus dueños, Roberto y Paula. Parece mentira que solo haya transcurrido un año desde que les sugerí la opción de

sacrificarla, dado el rápido avance del cáncer de hueso.

Cierro los ojos y revivo todo, la mirada verde de Paula, la mano sudorosa de Roberto cuando estrechó la mía aquella tarde en que me dijo:

—Akira ha dejado de comer.

Les ofrecí asiento. Siempre hay dos sillas dispuestas frente a mi mesa de caoba. Roberto acudía a las revisiones anuales de control, pero, desde que le diagnosticué el cáncer a Akira, las visitas se hicieron más frecuentes. Conocí también a su mujer, Paula, ya que Roberto no siempre podía ausentarse del trabajo.

Él parecía un jugador de fútbol americano: pelo rubio y corto, espaldas poderosas y muslos anchos. Acostumbraba a balancear compulsivamente una pierna mientras estaba sentado y tenía un tic nervioso en un ojo. Paula, por contraste, era serena, menuda y llevaba el pelo oscuro muy largo. Vestía con ropa colorida. Nunca la vi usar anillos, collares o pendientes; en cambio, solía llevar una pequeña deportiva rosa, como de bebé, colgada de lo que usara en ese momento de cinturón.

—Si ha dejado de comer, sabéis lo que significa —les dije—. Ya os había hablado de los

estadios de su enfermedad. Habría que empezar a considerar el sacrificio de Akira.

Se miraron. Comprendí que habían venido juntos porque el asunto ya estaba debatido.

—Lo hemos hablado, sí —confirmó él.

—¿Y cuál es vuestra decisión?

Fue Roberto de nuevo quien habló y me dio la sorprendente noticia:

—Queremos hacerle una fiesta de despedida.

Como veterinario me he encontrado en situaciones muy diversas. A nuestra labor habitual de informar sobre la alimentación de las mascotas, tratarlas y vacunarlas, se añade otro aspecto más psicológico: dar consejos a los dueños para superar la pena en caso de pérdida y hablarles sobre la necesidad de hacer duelo.

Pero... ¡una fiesta! Aquella era la primera vez que oía una idea tan peregrina. Los años de experiencia me ayudaron a reaccionar con naturalidad ante su ocurrencia y les dije:

—Muy bien, contadme lo que habéis pensado.

Roberto fue el encargado de desarrollar todos los detalles mientras Paula se entretenía en atar y desatar los cordones de la pequeña deportiva rosa de su cinturón.

Yo administraría a Akira una inyección que, primero, la sumiría en un estado de inconsciencia y, luego, le traería una muerte indolora. Lo único que me pidieron fue que el sacrificio de su perra fuese en el recinto donde se celebraría la fiesta. Accedí; no pude hacer otra cosa ante la mirada esperanzada de Roberto.

Aquel día, cuando regresé a casa, se lo conté a mi mujer. No suelo aburrirla con historias de mi consulta porque, paradojas de la vida, los animales no le atraen en absoluto. A ella sí le divirtió lo de la fiesta. A mí, me siguió pareciendo una aberración.

El «Gran Evento» —así bautizaron ellos la despedida de Akira— tendría lugar el 30 de mayo. Lo habían difundido entre sus amistades, e incluso yo había recibido el tarjetón, una composición en color verde con letras rosas.

Paula me llamó tres días antes de la fecha con cierta urgencia. Llegué a la hora acordada, las once de la mañana. Abrió ella. Tenía el cabello oscuro trenzado e iba vestida de azul intenso. Me hizo pasar y me invitó a conocer el apartamento.

Me pareció pequeño. Calculé que no debía de tener más de sesenta metros cuadrados, lo

cual, considerando la corpulencia de Roberto y el hecho de tener una mascota, debía de convertirse a veces en un agobio. Eso sí, habían tenido la feliz idea de dejar la espaciosa terraza para Akira. Me sorprendió verla alfombrada de césped artificial. Los juguetes de la perra estaban esparcidos por todo el apartamento. Su canasta descansaba cerca de un radiador en el salón, e incluso distinguí una manta escocesa con su nombre bordado.

—Se nota que la queréis mucho —dije, aceptando el café que Paula había preparado. Nos sentamos en el salón.

—Para Roberto va a ser un duro golpe. La tiene desde que era un cachorro, antes incluso de conocernos.

Fijó sus ojos en el vacío, parecía ausente. Centré la atención en la mesa y descubrí varios ejemplares de revistas de bebés. Levanté la mirada con sorpresa.

—No quiero ser indiscreto, pero...

Paula regresó de su ensoñación y dirigió la vista al lugar que le indicaba con el índice.

—Mi hermana va a hacerme tía, es el primer bebé en nuestra pequeña familia —explicó ella. Su sonrisa no le llegaba a los ojos—. Roberto y yo hubiéramos querido, pero yo no

puedo. Algo pasó... —Quiso mirarme, aunque terminó apartando la vista—. No puedo, eso es todo.

Inclinó la cabeza, algunos de los cabellos no sujetos por la trenza la acompañaron en su movimiento.

—Perdona, yo...

Ella alzó de nuevo el rostro. Los ojos le brillaban.

—No pasa nada, no te preocupes. Hemos tenido a Akira, ¿no es cierto?

Se levantó del asiento. Incómodo, decidí abordar el tema que me había traído allí.

—Paula, aún no sé por qué me has llamado.

—Ah, sí. —Su voz sonó nerviosa. Entonces me hizo su extraña petición. Y yo, ignorante de la tormenta que iba a desatar, acepté.

El día del «Gran Evento» me desperté con el corazón latiendo a un ritmo inusual. Sentía la garganta seca y me dolía. Los restos de un mal sueño se fueron evaporando como volutas de humo, carcajeándose de mi angustia. Solo cuando palpé y reconocí a mi lado la tibieza del cuerpo de mi mujer, fui capaz de volver a cerrar los ojos, respirar hondo y

dormitar otros diez minutos en busca de un nuevo despertar.

La fiesta comenzaba a mediodía en Animal Fun, un parque recreativo para familias que querían disfrutar el tiempo de ocio acompañados de sus mascotas. Era una iniciativa de un antiguo entrenador de perros policía, que combinaba el adiestramiento con actividades divertidas.

El programa de la fiesta incluía baño en la piscina, partido de vóley, comida con hamburguesas —a Akira le encantaban— y, a las cinco de la tarde, después de que todos soplaran un gigantesco pastel de fresas con nata —de nuevo, el favorito de la perra—, tendrían la oportunidad de abrazarla. Finalmente, en la intimidad, solos el matrimonio y yo, llegaría el momento de la inyección.

Sentía mucha curiosidad por Animal Fun, pero decidí aparecer al final de la fiesta, intentando no mezclarme en aquella algarabía más de lo necesario. Siguiendo el mapa indicativo en la entrada del lugar, me dirigí a la cascada artificial, el sitio que Roberto y Paula habían elegido para la despedida de Akira.

Me fue fácil localizarlo a él, sobresaliendo entre los demás como una torre basculante,

repartiendo abrazos y recibiendo condolencias. Me impresionó, conforme me acercaba, comprobar cómo le temblaban los hombros por el arranque de los sollozos. Su cara estaba congestionada por el llanto y los ojos apenas se le distinguían.

—Roberto, cuando quieras —alcancé a decirle.

Él me hizo un gesto con la mano. Seguí su movimiento y distinguí a Paula. Ella también recibía pésames, pero, aunque algunas lágrimas mojaban su rostro, permanecía mucho más serena.

—Tenéis que calmaros —le dije cuando llegué a su altura—. Habla con Roberto, por favor.

Ella asintió, sin palabras.

Reparé entonces en que iba vestida de negro, con una camisa holgada y pantalones anchos. La única nota de color era aquella zapatilla rosa de bebé que colgaba sempiterna de su cinturón.

La vi alejarse y aferrar a su marido del brazo. Después se lo llevó hacia la manta que habían extendido en el suelo y donde dormitaba tranquilamente su perra, ajena al caos de unos metros más allá.

Aún costó media hora más despedir al resto de la gente y rogarles que respetaran su privacidad. Para entonces, él ya se había recuperado lo suficiente como asumir de nuevo el mando, y nos sentamos sobre la manta con Akira en medio de nosotros.

Roberto y Paula le dieron un beso en la cabeza mientras yo preparaba la inyección. Luego hice lo que le había prometido a Paula: le pasé la jeringuilla.

Su marido se quedó tan desconcertado que, en un primer momento, no supo cómo reaccionar. Pero enseguida se enfrentó a mí, lleno de cólera:

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo?

Comprendí que algo estaba yendo muy mal. Paula me había asegurado que le explicaría su proceder a Roberto, pero no lo había hecho.

Mientras él me insultaba, su mujer se inclinó sobre la perra, siguiendo los movimientos que yo le había enseñado aquel día en el apartamento. Antes de que su marido alzase la mano para detenerla, ella misma se apartó, con la jeringuilla aún intacta.

Su mirada era tan terrible que silenció los intentos de ambos por hablar.

—No puedo. —Volvió la atención hacia su marido—. Qué ironía, ¿verdad? Tú pudiste, pero yo no.

Se levantó, arrojó la jeringa a la manta y echó a andar, alejándose.

—Acaba con esto —me dijo Roberto, con una mirada significativa hacia la perra. Se me revolvió el estómago ante su desconsideración.

Acaricié la cabeza de Akira, le susurré palabras cariñosas y le administré la inyección.

En ráfagas sueltas me llegaba la voz de Paula increpando a su marido, unos metros más adelante. Momentos después escuché una exclamación de dolor masculina. Alcé la mirada y vi que Roberto se frotaba la mejilla. Paula se alejaba, corriendo.

Recogí mi instrumental de la manta y Roberto se disculpó por lo sucedido. Dijo que, a veces, tenían esas discusiones, pero que adoptarían otro perro en unos meses y todo volvería a la normalidad. Ninguno de los dos lo creíamos, pero él necesitaba mis mentiras piadosas.

Cuando se alejó, no pude evitar acercarme al sitio de la discusión. El lugar estaba sembrado de los restos de la fiesta. Envolturas

de hamburguesas y dulces y bolsas de patatas fritas. En el césped también había un objeto conocido: una pequeña zapatilla rosa de bebé que aún conservo, escondida en el cajón de mis expedientes.